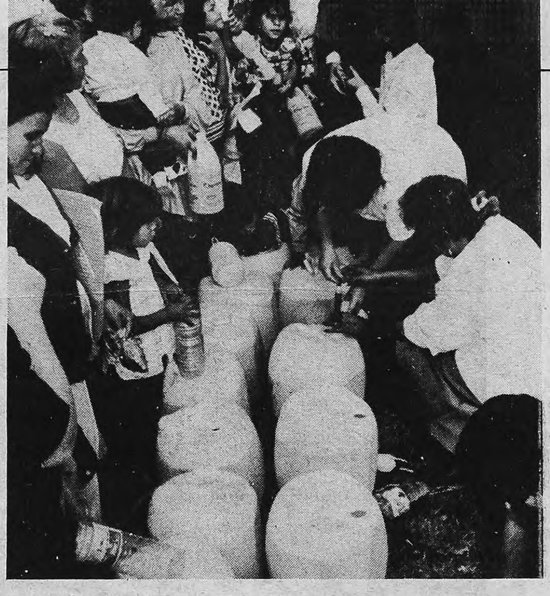
El vibrión está instalado y hay que combatirlo. Una buena manera es asegurarse de las condiciones de higiene, calidad de vida y sobre todo de la potabilización del agua para consumo humano. Dentro de las campañas de prevención y asistencia debe contabilizarse la tarea desarrollada en el municipio de Lomas de Zamora, el trabajo de obra social del SUTERH. Ningún sector debe quedar al margen del combate de la bacteria.

UN TRABAJO PARA TODOS

AHOGAR AL COLERA



En la pelea por impedir el avance del cólera, nadie puede quedar aislado. El SUTERH, que nuclea a los encargados de edificios, lanzó su propia campaña de prevención, en la que incluye a los miembros de los consorcios. El plan contempla la misma campaña de educación en otros temas y demuestra hasta dónde puede llegar la obra social.

LA GUERRA AL VIBRION EN TODOS LOS FRENTES

Víctor Santa María es el secretario general del SUTERH, que ha emprendido una tarea poco habitual en los sindicalistas: el trabajo social, al margen de sus tareas en el gremio. Uno de esos trabajos se refiere a los cursos y campañas de prevención, entre los que el del cólera adquiere en estos días un valor superlativo. Esos trabajos, además, demuestran el amplio panorama con el que podrían trabajar los gremialistas y que a veces es desaprovechado.

—No es frecuente que los sindicatos realicen acciones sociales fuera del marco de su propia institución. ¿Por qué el SUTERH toma esta iniciativa?

—Yo empezaría diciendo que tampoco es frecuente que los trabajadores vivan en el lugar donde desempeñan sus tareas laborales. Sin embargo, la mitad de nuestros afiliados tienen su domicilio en el lugar de trabajo. Esto nos da una característica muy particular como gremio. El encargado de edificio tiene una relación muy especial con sus patrones (el consorcio); se ve muy exigido. Para lograr un buen desempeño, se le hace necesario un nivel de adaptación muy grande, ya que está obligado a convivir con gente que tiene poco que ver con su cultura de origen. La problemática del encargado de edificios suele ser la problemática de todos los vecinos. Pensar en su bienestar, es pensar en la calidad de vida de toda la comunidad. Nosotros somos conscientes de que no es posible realizar medicina preventiva para nuestros afiliados, sin educar a todo el consorcio.

—¿Cómo se llevan a cabo estas acciones?

—Con la implementación de cursos sobre higiene y seguridad laboral; integración de la mujer; educación para la salud; las campañas de prevención contra el cólera y el SIDA. Desde nuestras necesidades y nuestra óptica, desarrollamos acciones que tiendan a beneficiar a la sociedad en su conjunto. Nos ocupamos de los aspectos preventivos y educativos a través de las estructuras propias del sindicato; existe un grupo de compañeras que trabajan como agentes sanitarias totalmente ad honórem; el cuerpo de delegados es una excelente correa de transmisión entre el sindicato, la obra social y la comunidad toda.

—Se dice que las obras sociales están quebradas y que no alcanza el dinero para este tipo de acciones. ¿Ustedes tienen recursos propios o reciben subsidios especiales?

—No recibimos ningún tipo de subsidios para realizar las campañas de prevención, ni para costear los programas de educación para la salud. Nosotros tenemos una concepción de la medicina muy arraigada en nuestros afiliados, que se expresa en el refrán "mejor prevenir que curar". Atendemos la enfermedad pero invertimos en el perfeccionamiento de la salud y en medicina preventiva. A diferencia de otro tipo de entidades, que tienen como fin principal la obtención de un lucro, y que recién en última instancia atienden otras necesidades de sus miembros, nuestro sindicato, junto con su obra social, invierte dinero, tiempo y esfuerzo en acciones que enriquecen nuestra vida plena, nuestra conciencia social y consolidan la inserción de nuestras organizaciones en el seno de la sociedad.

—¿Por qué cree usted que otros sindicatos no realizan este tipo de acciones?

—No somos los únicos, el sistema de obras sociales nació con una concepción amplia de la salud, y no el concepto restringido de la asistencia médica. Las sucesivas intervenciones, que dieron como resultado la separación entre sindicatos y obras sociales provocaron un modelo de atención cada vez más centrado en la enfermedad. Se debe tener en cuenta, además, que la medicina no es solamente "la ciencia y el arte de curar" sino que también es una actividad económica altamente rentable y, desde esta óptica, incentiva y genera su propia demanda. Hoy se hace necesario recuperar, desde una óptica nueva, lo mejor de nuestra historia; aquella que conjugaba prestaciones sociales, educativas, de turismo y, fundamentalmente, programas alimentarios.

—¿Cree que esta medida puede quebrar el poder de los sindicatos?

—Cuando nosotros encaramos acciones dirigidas al conjunto social estamos llevando a la práctica una nueva concepción de sindicalismo, estamos intentando un nuevo perfil que, sin olvidar las reivindicaciones salariales, contemple la satisfacción de otras necesidades humanas. Nos sentimos felices al poder compartir con los demás el esfuerzo de nuestro trabajo.

No conforme con haber escrito la mejor novela sobre Vietnam —"Persiguiendo a Cacciato"— el ex combatiente Tim O'Brien compuso el mejor libro de cuentos sobre Vietnam —el recientemente aparecido "Las cosas que llevaban"— en el que se nos presenta una tan íntima como devastadora visión de la guerra donde la omnipresente muerte es el único gran personaje.

EL HOMBRE A QUIEN MATÉ

Por Tim O'Brien

Tenía la mandíbula en la garganta, el labio y los dientes superiores habían desaparecido, un ojo estaba cerrado, el otro era un agujero en forma de estrella, las cejas eran finas y arqueadas como las de una mujer, la nariz estaba intacta, había una gota leve en el lóbulo de una oreja, el limpio pelo negro estaba echado hacia arriba hasta formar un remolino en la parte posterior del cráneo, la frente tenía algunas pecas, las uñas estaban limpias, la piel de la mejilla izquierda estaba arrancada en tres tiras desparejas, la mejilla derecha era suave y sin barba, había una mariposa en el mentón, el cuello estaba abierto hasta la médula espinal y la sangre allí era densa y brillante y ésa era la herida que lo había matado. Estaba tendido boca arriba en medio del sendero, un joven delgado, muerto, casi delicado. Tenía piernas huesudas, cintura estrecha, dedos largos y elegantes. El pecho era hundido y con poco músculo: un estudioso, tal vez. Las muñecas eran las muñecas de un niño. Llevaba camisa negra, pantalones pijama negros, un cinturón de municiones gris, un anillo de oro en el tercer dedo de la mano derecha. Las sandalias de goma habían volado. Una estaba junto a él, la otra unos metros más allá, en el sendero. Tal vez había nacido en 1946 en la aldea de My Khe cerca de la costa central de la provincia de Quang Ngai, donde los padres trabajaban la tierra, y donde la familia había vivido durante varios siglos, y donde, durante la época de los franceses, el padre y dos tíos y muchos vecinos se habían unido a la lucha por la independencia. No era comunista. Era ciudadano y soldado. En la aldea de My Khe, como en toda Quang Ngai, la resistencia patriótica tenía la fuerza de la tradición, que era en parte la fuerza de la leyenda, y desde la más tierna infancia el hombre a quien maté había oído historias sobre las heroicas hermanas Trung y la famosa derrota que Trang Hung Dao infligió a los mongoles y la victoria final de Le Loi contra los chinos en Tot Dong. Le habían enseñado que defender la tierra era el deber más alto y el mayor privilegio de un hombre. Lo aceptaba. Nunca estuvo abierto a la discusión. Secretamente, sin embargo, también le daba miedo. No era un combatiente. Tenía mala salud, el cuerpo era pequeño y frágil. Le gustaban los libros. Quería ser profesor de matemáticas algún día. Por la noche, tendido sobre la estera, no podía imaginarse llevando a cabo los actos valientes del padre, o de los tíos, o de los héroes de las historias. Esperaba con el corazón que nunca lo pusieran a prueba. Esperaba que los norteamericanos se fueran. Pronto, esperaba. Seguía esperando y esperando, siempre, incluso cuando dormía.

—Oh, viejo, jodiste al jodedor —dijo Azar—. Lo desparramaste todo, fíjate en eso, lo hiciste, lo desparramaste como maldito maíz molido.

—Vete —dijo Kiowa.

—Sólo estoy diciendo la verdad. Como maíz para el desayuno.

—Vete —dijo Kiowa.

—De acuerdo, entonces, me borro —dijo Azar. Empezó a apartarse, después se detuvo y dijo—: como el Rice Krispies, ¿sabes? En el ranking de estar muerto, este individuo ocupa el lugar A.

Sonriendo ante la frase, se encogió de hombros y enfiló por el sendero hacia la aldea que estaba tras los árboles.

Kiowa se agachó.

—Olvídate de esa bestia —dijo. Abrió la cantimplora y la tendió por un momento y después suspiró y la retiró—. No hay drama, viejo. ¿Qué otra cosa podías hacer?

Más tarde Kiowa dijo:

—Hablo en serio. No había nada que nadie pudiera hacer. Vamos, Tim, deja de mirar así.

El cruce de senderos estaba sombreado por una hilera de árboles y arbustos altos. El delgado muchacho estaba tendido con las piernas a la sombra. La mandíbula estaba en la garganta. Un ojo estaba cerrado y el otro tenía un agujero en forma de estrella.

Kiowa le dio un vistazo al cuerpo.

—Está bien, déjame hacerte una pregunta —dijo—. ¿Quieres cambiar de lugar con él? Dale la vuelta al asunto: ¿quieres eso? Quiero decir, con honestidad.

El agujero en forma de estrella era rojo y amarillo. La parte amarilla parecía ir ampliándose, desplegándose hacia el centro de la estrella. El labio superior y la encía y los dientes habían desaparecido. La cabeza del hombre estaba acomodada en un ángulo erróneo, como si estuviera suelta en el cuello, y el cuello estaba mojado de sangre.

—Piénsalo —dijo Kiowa.

Después, más tarde, dijo:

—Tim, es una guerra. El tipo no era Heidi: tenía un arma, ¿correcto? Es duro, desde luego, pero tienes que dejar de mirar.

Después dijo:

—Tal vez lo mejor es que te tiendas unos minutos.

Después de un largo rato vacío dijo:

—Tómalo con calma. Vete adonde el espíritu te lleve.

La mariposa se estaba abriendo camino a lo largo de la frente del muchacho, que estaba salpicada de pequeñas pecas oscuras. La nariz estaba intacta. La piel de la mejilla derecha era suave y tersa y sin barba. De aspecto frágil, huesos delicados, el joven nunca había querido ser soldado y en el corazón había temido actuar mal en la batalla. Incluso como muchacho que crecía en la aldea de My Khe se había preocupado a menudo por eso. Se imaginaba cubriéndose la cabeza y tendido en un agujero profundo y cerrando los ojos para quedarse sin moverse hasta que la guerra terminara. No tenía estómago para la violencia. Le encantaban las matemáticas. Las cejas eran finas y arqueadas como las de una mujer, y en la escuela los muchachos a veces se burlaban de él por lo hermoso que era, las cejas arqueadas y los dedos largos y elegantes, y en el patio del recreo imitaban el modo de caminar de una mujer y se mofaban de la piel tersa y el amor por las matemáticas. No podía obligarse a pelear con ellos. A menudo deseaba hacerlo, pero le daba miedo, y eso aumentaba la vergüenza. Si no podía pelear con chicos, pensaba, ¿cómo podía llegar a ser soldado alguna vez y luchar contra los norteamericanos con los aviones y los helicópteros y las bombas? No parecía posible. En presencia del padre y los tíos, fingía estar ansioso por cumplir con el deber patriótico, que era además un privilegio, pero por la noche rezaba con la madre porque la guerra terminara pronto. Por encima de todo, temía ser una deshonra para sí mismo, y por lo tanto para la familia y la aldea. Pero todo lo que podía hacer, sin embargo, era esperar y rezar y tratar de no crecer demasiado pronto.

—Escúchame —dijo Kiowa—. Te sientes horrible, lo sé.

Después dijo:

—Está bien, tal vez no lo sé.

A lo largo del sendero había pequeñas flores azules con forma de campanillas. La cabeza del muchacho estaba torcida de costado, sin enfrentar del todo las flores, y aunque se encontraba a la sombra, una hoja única de luz solar refulgía contra la hebilla del cinturón de municiones. La mejilla izquierda estaba pelada hacia atrás en tres tiras desparejas. Las heridas del cuello aún no se habían coagulado, lo que lo hacía parecer animado incluso en la muerte, con la sangre aún desparramándose por la camisa.

Kiowa sacudió la cabeza.

Hubo cierto silencio antes de que dijera:

—Deja de mirar.

Las uñas del muchacho estaban limpias. Había una gota leve en el lóbulo de una oreja, una salpicadura de sangre en el antebrazo. Llevaba un anillo de oro en el tercer dedo de la mano derecha. El pecho era hundido y con poco músculo: un estudioso, tal vez. Durante años, a pesar de la pobreza de la familia, el hombre a quien maté había estado decidido a continuar su educación en matemáticas. Los medios para ello tal vez se habían arreglado mediante los cuadros de liberación de la aldea, y en 1964 el joven empezó a asistir a clases en la universidad de Saigón, donde evitó la política y prestó atención al problema del cálculo. Se dedicó al estudio. Pasaba las noches solo, escribía poemas románticos en su diario íntimo, le daban placer la gracia y la belleza de las ecuaciones diferenciales. Sabía que la guerra al fin lo llevaría, pero por el momento no se permitía pensar en eso. Había dejado de rezar; en vez de eso ahora esperaba. Y mientras esperaba, en el último año de universidad, se enamoró de una compañera de estudios, una muchacha de diecisiete años, que un día le dijo que sus muñecas eran como las muñecas de un niño, tan pequeñas y delicadas, y que admiraba su cintura estrecha y el remolino que se alzaba como la cola de un pájaro en la parte posterior de la cabeza. Le gustaba el modo sereno de ser del muchacho, se reía de las pecas y de las piernas huesudas. Una noche, tal vez intercambiaron anillos de oro.

Ahora un ojo era una estrella.

—¿Estás bien? —dijo Kiowa.

El cuerpo estaba casi por entero en la sombra. Había jejenes en la boca, partículas de polen vagando encima de la nariz. Había dejado de sangrar, salvo las heridas del cuello. La mariposa se había ido.

Kiowa recogió las sandalias de goma, les quitó la suciedad, después se agachó para revisar el cuerpo. Encontró una bolsita de arroz, un peine, un cortauñas, unas pocas piastras sucias, una instantánea de una muchacha parada ante una motocicleta estacionada. Kiowa colocó aquellos objetos en su mochila junto con el cinturón de municiones gris y las sandalias de goma.

Después se agachó.

—Te diré la pura verdad —dijo—. El tipo estaba muerto en cuanto pisó el sendero. ¿Me entiendes? Todos lo teníamos en la mira. Una buena presa: arma, munición, todo. —Minúsculas gotas de sudor brillaban en la frente de Kiowa. Los ojos pasaron del cielo al cuerpo del hombre muerto, a los nudillos de su propia mano—. Así que escucha, tienes que recobrarte, carajo. No puedes quedarte sentado aquí todo el día.

Más tarde dijo:

—¿Entiendes?

Después dijo:

—Cinco minutos, Tim. Cinco minutos más y seguimos adelante.

El ojo único hizo un truco extraño de cambio: pasó de rojo a amarillo. La cabeza estaba retorcida de costado, como si estuviera suelta en el cuello, y el muchacho muerto parecía estar mirando un objeto lejano más allá de las flores en forma de campanillas del sendero. La sangre del cuello había pasado a un profundo negro purpúreo. Uñas limpias, cabello limpio: había sido soldado por un solo día. Después de los años en la universidad, el hombre a quien maté regresó con la esposa nueva a la aldea de My Khe, donde se enroló como riflero común en el 48 batallón Vietcong. Sabía que moriría con rapidez. Sabía que vería un relámpago de luz. Sabía que caería muerto y despertaría en las historias de su aldea y de su pueblo.

Kiowa cubrió el cuerpo con un poncho.

—Eh, Tim, se te ve mejor —dijo—. No hay duda al respecto. Todo lo que necesitabas era tiempo: un poco de R&R mental.

Después dijo:

—Viejo, lo siento.

Después, más tarde, dijo:

—¿Por qué no hablas del asunto?

Después dijo:

—Vamos, viejo, habla.

Era un muchacho delgado, muerto, casi delicado, de unos veinte años. Estaba tendido con una pierna doblada debajo de él, la mandíbula en la garganta, la cara ni expresiva ni inexpresiva. Un ojo estaba cerrado. El otro era un agujero en forma de estrella.

—Háblame —dijo Kiowa.



Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Sudamericana.

Jueves 28 de enero de 1993

EL COLERA Y LA DESINFORMACION

CONOCIENDO AL ENEMIGO

(Por el doctor Oscar Cuper)

Desde siempre, mejor, desde que el cólera viajó y se introdujo desde el Asia en el continente europeo, nos referimos fundamentalmente al siglo XIX y más precisamente a la década de 1840 en adelante, el cólera causó centenares de miles de muertos. Infinidad de polémicas: sociales y políticas, naturalmente científicas, técnicas, médicas, asistenciales, y en muchos casos con el corolario de desastres económicos, como cuando la famosa epidemia explosiva de Hamburgo en 1892 obligó a cancelar las tareas portuarias; cerrar comercios y escuelas y paralizar virtualmente las actividades económicas de una ciudad dinámica y potente.

Simplemente, el vibrión del cólera había logrado dominar una ciudad que no contaba con un sistema de abastecimiento de agua potable confiable y con un sistema cloacal virtualmente inexistente.

La orgullosa ciudad a orillas del río Elba pagaba la factura de la desidia e indiferencia.

Las autoridades de la ciudad se vieron rápidamente desbordadas por la explosión de casos que de los diferentes barrios comenzaron a llegar a los pocos hospitales, totalmente faltos de preparación para atender el aluvión de enfermos y cadáveres que colmaron rápidamente las salas y corredores.

Las advertencias de prevención de las autoridades fueron tímidas y tardías.

Por supuesto, tampoco se contaba entonces con los medios de difusión modernos y masivos que permiten comunicar anuncios a un gran número de personas en plazos muy breves. Paradójicamente, el mejor medio de difusión masiva para comunicar su presencia fue el mismo vibrión cólera.

Ha pasado un siglo desde entonces y durante ese período la humanidad ha sufrido innumerables veces el ataque del bacilo. Se lo ha estudiado a fondo, hoy se lo puede identificar y hasta se lo puede combatir. No se cuenta aún con una vacuna realmente eficaz y confiable; pero tomadas las medidas de preparación en los establecimientos hospitalarios y poniendo en marcha una campaña de difusión pública, los efectos de la epidemia, en concreto enfermos y número de muertos, pueden atenuarse considerablemente.

Las campañas de prevención y educación sobre cómo combatir el cólera son insuficientes. Muchas veces la información es errónea, tanto como para creer que "con dos gotitas de lavandina" se mata el vibrión. El consumidor, potencial enfermo, necesita información veraz y completa para saber a qué atenerse ante la menor duda.

Alejandro Kacero



Cuando el cólera se desató en nuestro país durante 1992, las autoridades asumieron una muy amplia y valiente acción de difusión preventiva.

Trataron de llevar al conocimiento de la población en general las recomendaciones de higiene básicas y medidas de prevención para bloquear el desarrollo de la epidemia. Se podría manifestar que la campaña de prevención, que es una campaña de educación, es buena, pero podría llegar a ser irreprochable y de jerarquía si se eliminaran o corrigieran los puntos de desinformación, como por ejemplo las famosas "dos gotitas de lavandina". Recomendación esta que de llevarse a cabo estrictamente otorgaría al consumidor consciente una sensación de seguridad relativamente falsa.

Ensayos realizados oportunamente señalaron que de una de las mejores marcas de lavandina se requerían en realidad seis gotas y qué decir de las lavandinas de orígenes dudosos.

Naturalmente que un ejemplo mucho más grave de desinformación es el que se encuentra en los avisos de pócimas milagrosas o equipos diversos —generalmente importados— ofrecidos por comerciantes oportunistas, cuya técnica es: ofrecer el equipo para el agua pura soñada, con un dibujo alusivo, con un precio tentador por lo irrisorio, y cuando se trata de equipos importados recopiando los ítems destacados del equipo pero omitiendo las prevenciones de estos equipos para su venta en los países de origen.

Así pueden verse en el mercado equipos destinados solamente a empleos de emergencia, pero anunciados para su empleo continuo en el hogar.

Así se pueden ver equipos sobre la base de carbón activado, para mejorar la estética del agua, que en su país de origen se comercializan bajo la recomendación de utilizarse con agua de red municipal, bacteriológicamente segura, y ser ofrecidos como equipos aptos en la campaña contra el cólera.

Esta desinformación o información tendenciosa merecería la intervención de la Liga de Defensa del Consumidor o quizá de las autoridades sanitarias, para proteger al público desinformado.

Los consumidores merecen la intervención de las autoridades para su protección contra la difusión del flagelo que ya se está radicando en nuestro país.

Un mínimo porcentaje del agua del planeta es potable. Aun así necesita ser filtrada y purificada. Para eliminar la posible contaminación de las fuentes debe apelarse a procedimientos sencillos y seguros.





COMO GARANTIZAR SU PUREZA

CLARO COMO EL AGUA

Apenas el 2 por ciento del agua de la Tierra es potable. Se trata del agua dulce presente en lagos, napas y ríos subterráneos. El resto es agua salada y para potabilizarla se requieren inversiones elevadas. El agua para consumo humano debe provenir de redes municipales o de pozo. En cualquier caso, el riesgo siempre es la potabilización.

Las redes municipales obtienen el líquido de los lagos, napas o ríos, se lo somete a su filtración y a la acción de agentes químicos que actúan como coagulantes y desinfectantes. Es el proceso denominado cloración. Las cantidades de estos agentes químicos tienen relación directa con el grado de contaminación de las fuentes y el estado de las redes de distribución. Una excesiva cloración, cuando se combina con otros compuestos del proceso, pueden producir sustancias cancerígenas. En la vida cotidiana, modifican los sabores de las infusiones y de las frutas y verduras que son lavadas.

El Río de la Plata, principal fuente de la Capital Federal y sus alrededores, recibe 5 metros cúbicos por segundo de desechos cloacales sin tratar. Sin sumar las descargas hechas por los habitantes que carecen de redes cloacales y conectan sus sanitarios a la red pluvial, o los desechos industriales lanzados en forma clandestina. La contaminación biológica de las napas producida por filtraciones de pozos ciegos o agentes no biológicos son las más perjudiciales.

Planteada la dificultad de todos los días, para garantizar que el agua de consumo sea potable es necesario tomar algunos recaudos. En el caso del agua suministrada por la red, un filtro de celulosa de 5 micrones y carbón activado es suficiente para asegurar la pureza y hacer desaparecer el clásico "gusto a cloro". Lo importante es asegurarse la calidad del filtro y su adecuación al caudal necesario para el uso que se lo destine.

En el caso del agua de pozo es necesaria su purificación de los contaminantes bacteriológicos, para lo que existen diferentes métodos, como la ozonización, la radiación ultravioleta y la cloración. Este último, utilizado por Obras Sanitarias, es el más sencillo y económico, y no necesita mantenimiento técnico. Para el uso hogareño o industrial, existen bombas dosificadoras eléctricas y sistemas Ventury que accionan por hidrodinámica de forma autónoma, que se colocan antes del ingreso del agua al tanque. Aquí el cloro actúa a favor de la eliminación de la contaminación bacteriológica, aunque su consumo es perjudicial. Un filtrado posterior en la canilla de agua para consumo logrará eliminarlo, junto a otras impurezas.

Los contaminantes del agua producen consecuencias inmediatas para la salud de la población. Los hidrocarburos, el plomo, el arsénico, los pesticidas son contaminantes no biológicos, mientras que los parásitos, bacterias y virus son los biológicos. Los contaminantes del agua, una vez consumidos, pueden ser eliminados naturalmente pero ya habran dejado su secuela orgánica y patologías crónicas en algunos órganos depuradores. En el caso del cloro, actúa por acumulación, causando intoxicaciones crónicas y enfermedades digestivas.

JORNADAS DE LIMPIEZA

LAS LOMAS DE LA RESISTENCIA

Con el total de las máquinas, camiones y personal municipal, el intendente de Lomas de Zamora, Juan Bruno Tavano, encabezó hoy, a las 9.15, la caravana que partió desde la Dirección de Equipos Viales, que funciona como centro de operaciones, hacia los distintos sectores de trabajo ubicados a largo del Camino Presidente Perón (Camino Negro).

Las Jornadas de Resistencia contemplan la limpieza, desmalezamientos y erradicación de basurales en las lindes del Camino Teniente General Juan Domingo Perón y la avenida Juan XXIII desde el Puente de la Noria hasta el cruce de Lomas de Zamora. El tramo, de aproximadamente 10 kilómetros, está seccionado por las siguientes calles que cruzan el Camino Negro: Camino de la Rivera, Figueredo, Recondo, Valle Itatí, Larroque, Portela, Colombres, Vías del Ferrocarril General Sarmiento y Camino de Cintura.

El primer puesto que visitó el intendente fue el que está ubicado en Colombres y Camino Negro. Aproximadamente a 200 metros de ese lugar se levantó un acta de inspección en un terreno privado que delimita con la fábrica Oxidia y la Alcoholera Márquez por encontrarse allí montículos con residuos orgánicos y escombros. El subsecretario de Gobierno, Norberto Candaosa, explicó que las actas obedecen a una posible sanción a lo que es una falta o contravención y que "la sanción podría ser el cobro de una multa".

En algunos basurales se comenzó a desratizar pero la mayor parte de este trabajo comenzará el lunes en Fiorito, donde se tiene previsto poner cebos o cartuchos fumígenos, si hay madrigueras, en un perímetro de aproximadamente 230 cuadras. La fumigación se concentrará especialmente en los alrededores de zanjas y arroyos.

En la intersección de cada uno de los cuadros en que fue dividido el recorrido se instalaron puestos para recepcionar los reclamos y las propuestas de los vecinos y se distribuyeron claveles rojos y volantes que piden a los vecinos que no arrojen desperdicios en las esquinas, baldíos, zanjas y arroyos.

En cada sección trabajaron por lo menos dos motoniveladoras, una retroescavadora y entre 2 y 5 camiones. La Delegación Municipal de Cuartel Noveno continuó con su normal distribución de agua, para lo cual emplearon sus cinco camiones cisterna.

En tanto que los vecinos que integran los Consejos de Organización de la Comunidad 1, 5, 6, 13, 14, 17, 30, 32, 41, 15, 8, 19 y 40 efectuaron un listado de montículos y basurales.

Según el secretario de Obras y Servicios Públicos, Jorge Magide, "en estas primeras 48 horas las tareas más específicas serán las de desactivación de basurales clandestinos, desmalezamiento, limpieza y preparación del suelo.